



destrozos la muerte «contento, dijo al espirar, de dar la vida por tan justa causa y nacion tan brava.» Las dos columnas que se lanzaron á las brechas de Alemanes y San Cristóbal, defendidas por Fournas, tambien retrocedieron deshechas despues de haberse alojado en la primera por algun rato: las rechazaron á la bayoneta los regimientos de Utonia y Borbon. La otra columna si no volvió á su campamento tan destrozada, lo debió á la inaccion en que por largo espacio permaneció al pié de la torre Gironella. Los fuertes del Condestable y el Calvario, acometidos simultáneamente para aumentar la distraccion de los sitiados, igualmente alejaron á los enemigos maltratados. Todas las brechas quedaron cubiertas de cadáveres y miembros mutilados porque el francés lidió tambien con singular coraje y empeño. Contó Verdier cerca de dos mil hombres ménos al recoger sus columnas. De los defensores perecieron sobre cuatrocientos, entre ellos algunas de las valerosas amazonas de la compañía de Santa Bárbara. Tal era su furor que, abandonaron muchos el fusil por demasiado lento en lanzar la muerte y apelaron á las piedras para arrojarlas sobre la cabeza de los más valientes escaladores, y despeñarlos.

Aterrados los franceses con el desencanto de la ilusion formada al tomar á Monjuich, no sólo renunciaron á dar más asaltos, sino que se apartaron de aquellos muros convirtiendo el sitio en bloqueo para confiar á la accion del tiempo las calenturas y el hambre, lo que no podian lograr los medios más terribles de destruccion.

Al punto Blake, obligado por tanto heroismo, hizo nueva tentativa para introducir otro convoy en la plaza (26 de Setiembre); pero, ménos feliz que la vez pasada, despues de haber Odonell franqueado el camino, se lo cortó Saint-Cyr, siendo muy pequeña parte lo que pudo llegar á su destino. Además perdió Blake, tal vez por su excesiva prudencia, con el convoy su escolta en número de unos dos mil hombres.

La desgracia era entonces más lamentable porque comenzaban á sentirse con intensidad los rigores del hambre, no habiéndose acopiado víveres para más de cuatro meses, y yendo cor-

ridos ya cinco de asedio. Odonell, para no agravar la escasez, se alejó de noche (12 de Octubre), incorporándose por medio de una marcha atrevida al ejército.

Pero no bastó eso, por cuanto Augereau, enviado en reemplazo de Saint-Cyr, tomó mayores providencias para hacer más riguroso el bloqueo. Trazáronse nuevas líneas, se formaron reductos y baterías, y á fin de impedir hasta el más pequeño auxilio á la plaza, se emplearon ardides que dieron los resultados apetecidos. Pusieron de noche perros en los caminos para que delatasen con su ladrido al transeunte, y atravesaron en ellos y en los espacios más accesibles cuerdas con campanillas que advertian á los pelotones apostados de la víctima que se les ofrecia. Así llegaron á faltar de Gerona hasta las pequeñas provisiones que el patriotismo individual y la codicia comercial les habian llevado hasta entonces. El hambre con esto llegó á tal grado, que se vió caer en las calles á varios esforzados moradores muertos de inanicion. La guarnicion casi no tuvo otro alimento que el trigo mal molido entre piedras y en almireces, á falta de molinos, y peor cocido. Las enfermedades, inseparable cortejo del hambre, se desarrollaron en breve, y con tal furia, que aquel mismo dia perecieron en los hospitales, sólo de la guarnicion, cerca de ochocientos hombres.

Una tercera tentativa de Blake para evitar á Gerona los horrores que la amenazaban, sólo dió por resultado nuevos hechos en que brilló estérilmente la intrepidez y el valor de Odonell, y la pérdida de Hostalrich con las provisiones allí reunidas para el convoy.

Siguió, pues, acrecentándose el hambre hasta un extremo espantoso. Primero se echó mano de las carnes de caballo, mulo, jumento, animales harto demacrados ya, que llegaron á acometerse unos á otros no ménos hambrientos que el hombre: despues se apeló á los perros, á los gatos, y por último, se persiguió tambien á los asquerosos ratones. La escasez y la impía codicia hicieron subir los precios de los artículos de primera necesidad á un punto asombroso, inaccesible para la generalidad; las carnes se conservaron por disposicion de la autoridad



á veintisiete cuartos libra de vaca y cuarenta de caballo ó mulo; pero la de bacalao se elevó de dos reales á treinta y dos, la de pescado del río inmediato de cuatro á treinta y seis la de arroz de real y medio á treinta y dos, la medida de aceite de veinte cuartos á veinticuatro reales, y la docena de huevos de tres á noventa y seis; una galleta costaba ocho reales, una libra de hueso cuarenta, una arroba de carbon lo mismo; el doble por moler una cuartera de trigo, que antes costaba tres; se llegó, en fin, á pagar por una gallina una onza, por un gorrión una peseta, por un ratón cinco reales. Los hospitales, faltos de medicinas, de alimentos, de leña, eran sólo una antesala de los cementerios.

Doblegados por tantos azotes algunos ánimos, se atrevieron á hablar de capitulacion ó de romper la línea enemiga para incorporarse á nuestro ejército. «¡Cómo! interrumpió Alvarez airado, ¿sólo V. es aquí cobarde? Cuando ya no haya víveres, nos comeremos á V. y á los de su ralea, y despues resolveré lo que más convenga.» En seguida, para alejar toda idea de rendicion, publicó un bando en que mandaba hacer fuego á las tropas de los puestos avanzados, como al enemigo, si en caso de ataque, intentaban meterse en la plaza.

Alzóse en toda España, asombrada de tanto heroismo, un clamor universal pidiendo la salvacion de Gerona. Exaltábase tambien el patriotismo de la junta central á cada noticia que recibia, pero veia con amargura que su desvalimiento era completo: no se habian repuesto nuestros ejércitos de las derrotas de Ocaña y Alba de Tormes, y las arcas públicas apenas bastaban á satisfacer las necesidades más inmediatas. En la nulidad á que se veia reducida, lo que hizo para fortalecer el ánimo de los defensores fué concederles las mismas gracias que á los de Zaragoza, y á fin de proporcionarles la salvacion ó socorros, promover la idea de un levantamiento general del Principado á manera de cruzada. Llegó á constituirse con este objeto en Manresa una especie de miembros de juntas y personas principales de todas clases, cuyos planes no permitieron los temores del enemigo ensayar.

No habia cesado este de molestar á la plaza con sus fuegos al limitarse al bloqueo; pero, así que supo Augereau el pensamiento que se trataba en la junta de Manresa, volvió á acometerla, receloso de que, si le concedia tiempo, se malograsen los grandes afanes y la sangre con tanta profusion derramada por sus tropas. En la noche del 2 de Diciembre se apoderó del arrabal del Cármen; restableció en seguida las antiguas baterías, levantó otras. Con ellas ensanchó las brechas, las abrió nuevas, y el 7 ocupaba ya el reducto de la ciudad y las casas de Gironella, pérdida fatal porque interceptó la comunicacion de la plaza con los fuertes. Por la tarde, viendo que aún eran recibidos los parlamentarios á cañonazos, rompió un fuego general de todas las baterías que aprisionaban la plaza.

Concluyó aquel dia la heroica defensa de Alvarez, porque no era dado á hombres prolongarla más. Cuarenta baterías, arrojando veinte mil bombas y sesenta mil balas, habian hecho de la ciudad un mar alborotado de ruinas. No habia muros, las casas cuarteadas se venian al suelo con cualquier proyectil ó simplemente con la explosion de la artillería; las calles estaban obstruidas por montones de cadáveres; su corrupcion y la de las aguas estancadas tenian inficionada la atmósfera; en el mes anterior habian sucumbido á las enfermedades cerca de mil cuatrocientos hombres de la guarnicion y gran número de familias pobres, el total de muertos era el de nueve á diez mil personas; por último habia siete brechas abiertas; y ya no eran mas que mil cien hombres, mejor diríamos espectros, los que empuñaban las armas, y Alvarez habia caído en cama, devorado por una fiebre nerviosa, que le puso al borde del sepulcro. «Hasta entonces, dice Toreno, no parecia sino que las bombas en su caída habian respetado tan grande alma, pues, destruido todo en su derredor y los más de los cuartos de su propia casa, quedó en pié el suyo, no habiéndose nunca mudado del que ocupaba al principio del sitio.»

El dia 9, en un claro del delirio que embrazaba sus potencias, delegó el mando en el teniente rey D. Julian Bolívar, quien teniendo



que tomar una pronta resolución sobre la defensa, la entregó á la decision de una junta general. Ésta, con aviso que tuvo del congreso de Gerona de que sus socorros tardarian más de lo que era posible aguardar, se sometió al destino, que queria dejar sin lauro tanta gloria. Fournás pasó al campo de Augereau, de quien fué dignamente acogido y con quien ajustó una capitulacion honrosa. Sus tres primeros artículos decian: «La guarnicion saldrá con los honores de la guerra, y entrará en Francia como prisionera de guerra.—Todos los habitantes serán respetados.—La religion católica continuará en ser observada por los habitantes y será protegida.» Algunas notas adicionales establecieron que la guarnicion francesa de la plaza estuviese acuartelada y no alojada por las casas; que todos los papeles del gobierno quedasen depositados en el archivo del ayuntamiento, sin poder ser extraviados, extraídos, ni quemados: que quedarian á salvo de toda providencia las personas, propiedades y haberes; que todos serian libres de salir ó permanecer en la ciudad.

En virtud de esta capitulacion los franceses entraron el dia 11 en Gerona, por cuyas calles avanzaron sobrecogidos de terror y admiracion. Eran soldados que habian hecho las grandes campañas de Napoleon, y no hallaron nada en su memoria comparable al horrible cuadro que se ofreció á su vista. Consideraron entonces cuán espantosa hubiera sido una lucha por las calles, como en Zaragoza, y conocieron que sólo el hambre y las enfermedades pudieron poner á sus piés aquella heroica ciudad.

Algunos episodios de la defensa completarán la idea del entusiasmo y bravura que allí reinaron. Una bala habia derribado la bandera del castillo de Monjuich; un subteniente se arrojó tras ella al foso; la recoge; sube tremolándola por la brecha, y la clava de nuevo en el ángulo de la fortaleza en medio de mil vítores. Allí mismo un tambor que señalaba con los toques de su caja la direccion de los fuegos parabólicos, habiéndole un casco herido gravemente, se negó á ir al hospital diciendo: «No, si tengo la pierna herida me quedan sanos los brazos para librar con mi caja de las bombas

á mis amigos.» El intendente Beramendi, dotado de una prodigiosa actividad, se hallaba en todas partes, ora desempeñando sus funciones, ora empuñando un fusil en la muralla, tan pronto al frente de una salida como mandando una batería, muerto su capitán. Del imperturbable Álvarez, á quien en vano rogaban sus subalternos se alejase de los sitios más empeñados, sólo consignaremos dos respuestas magnánimas. Trascurridos los cuatro meses que habia ofrecido al principio sostenerse, le interrogaron cuánto más resistiria: «Aspiro, contestó con general asombro, á defenderme otros cuatro.» Preguntábase otro dia el comandante de una salida adónde, en caso preciso, se retiraria, y le respondió: ¡Al cementerio!

Y con todo, Napoleon, no temió deshonorarse tratando indignamente á varones tan esforzados. Faltó á la capitulacion mandando deportar á Francia con la guarnicion á los clérigos regulares, cuya libertad estaba especial y solemnemente garantida en uno de los artículos.

Y quizá cometió tambien una maldad execrable... Alvarez, apénas restablecido, fué llevado á Francia; de donde lo restituyeron á España para encerrarlo en un calabozo del castillo de Figueras, sin la asistencia de su ayudante y criados. Al dia siguiente se esparció la voz de su muerte, y en efecto su cádaver fué puesto á la espectacion pública en unas parihuelas cubierto con una sábana. Los que vieron su rostro creyeron hallar todos los indicios de una intoxicacion ó muerte violenta, que parece confirmaron las averiguaciones hechas por el consejo de la regencia. Por horroroso é inícuo que parezca este atentado, debe tenerse presente que no es nuevo en los sangrientos anales de la guerra. La Francia no sería responsable de esa afrenta; pero la historia sabe que en esa esplendente aureola que rodea el nombre de Napoleon hay más de un punto sombrío.

La memoria de Alvarez ha excitado y excitará eternamente la veneracion de los españoles. La junta central, en la incertidumbre de su muerte, ofreció recompensar dignamente en él ó en sus herederos sus heroicos servicios. Las córtes más adelante congregadas inscri-



bieron su nombre en letras de oro al lado de los otros mártires de la Independencia, Daoiz y Velarde, en el salon de sus sesiones. El general Castaños, hallándose años adelante (1815) de capitán general de Cataluña, celebró solemnemente sus exequias é hizo colgar en su calabozo una lápida que recuerda al trágico fin de

aquel magnánimo corazon. Por último, aunque innecesario para trasmitir á las generaciones venideras el recuerdo de aquel suceso y de aquel hombre imperecedero, se dió á un sobrino del malogrado Alvarez el titulo de *marqués de Gerona*.

CAPITULO XXVI

El estado respectivo sobre la guerra.—Influencia de las guerras.—Resolución de las juntas.

El estado respectivo sobre la guerra.—Influencia de las guerras.—Resolución de las juntas.